



Pedro Manini Ríos, Cuchilla Negra, setiembre de 1904.

1904 y el proceso de consolidación de nuestra república

Este año se cumplieron 120 años de los hechos de 1904, que marcaron el fin de un proceso que se había iniciado con los prolegómenos de la Guerra Grande, desde mediados de la década del treinta del siglo XIX, y que marcaron la identidad de los dos partidos políticos tradicionales del Uruguay, con sus respectivas divisas, la blanca y la colorada, y sus respectivos héroes, Oribe y Rivera. Más allá de la influencia internacional que tuvo este conflicto —la Guerra grande—, lo que estaba en disputa eran dos modelos, o mejor dicho, dos formas de entender y proyectar el futuro de una nueva nación que se abría paso en un mundo en crisis, entre el viejo orden que se desmoronaba y el nuevo que emergía. En ese sentido, es importante considerar el valor y el proceso que llevó a nuestra nación a tener una institucionalidad republicana fuerte, asentada en el espíritu de su propia ciudadanía. Y aunque en 1904 los que se enfrentaban eran Aparicio Saravia y José Batlle y Ordóñez, el conflicto era la continuación de un proceso fundacional que todavía no había finalizado.

Hay que recordar que nuestra patria, como tantas otras, en su proceso independentista quedó huérfana de su prócer, con la prisión y exilio de Artigas en Paraguay. Esa falta hizo más notorias las diferencias que había entre aquellos caudillos que fueron los primeros en colocar la piedra fundacional de nuestra república, porque aquel elemento aglutinante que había sido Artigas había desaparecido.

De hecho, la elección de los representantes nacionales para designar el gobierno provisorio y convocar la Asamblea Constituyente de acuerdo a lo establecido en el artículo 4 de la Convención Preliminar de Paz, no fue ajena a varias dificultades. Y desde noviembre de 1828 a julio de 1830 la Asamblea sesionó 386 veces. Según el libro de Pivel Devoto *Las Ideas Constitucionales de José Ellauri* (1955), hubo muchísimas dificultades para que el cuerpo no se desintegrara por las sucesivas renunciaciones provocadas por los conflictos que ocasionaban los intensos debates. El 9 de marzo de 1829 fue presentado el texto inicial por una comisión especial a la Asamblea General Constituyente.

“Ellauri lideraba en la Asamblea las ideas de la escuela política francesa, opuesta a la mirada norteamericana, liderada por Santiago Vázquez. La primera se caracterizaba por la desconfianza hacia los desvíos del poder de un Ejecutivo que no fuera debidamente controlado, se oponía a la presencia de militares en el Parlamento, defendía el sufragio indirecto, aspiraba a la libertad de cultos y no estaba convencida de un nuevo Estado independiente, por lo que se reservaba la posibilidad de federarse. La segunda apuntaba a la independencia absoluta de poderes, admitía la presencia de militares en el Parlamento, defendía el sufragio universal, reconocía la religión católica como oficial, aunque predicaba la libertad de conciencia para quienes no la profesaban y tenía confianza absoluta en el nuevo Estado (Bauza, 1953: 241-243). Pero además de las diferencias ideológicas entre los miembros de la Asamblea existía una pluralidad de orígenes políticos y compromisos con el pasado que suponía asumir diversas actitudes” (Diego Moreno, *Análisis historiográfico contrastado de la Constitución de 1830 como programa político*).

De esa forma, la Constitución de 1830, más allá de los aciertos y errores que tuvo, fue un llamamiento a la paz nacional. Sin embargo, el carácter censitario para el ejercicio de la ciudadanía provocó entre otros factores que muy rá-

pidamente aquella transitoria paz se disolviese, generando que nuestro país tuviera desde muy pronto dos gobiernos, uno regulado por la institucionalidad, de carácter urbano, y otro de hecho, de carácter rural.

Por eso, cuando en 1904 se desataban nuevamente los vientos de la revolución, lo que estaba en juego era la institucionalidad y prosperidad de un país que pretendía avanzar hacia la modernidad, pero que todavía no había resuelto los problemas generados desde 1830 en adelante y mantenían en vilo al desarrollo nacional. Y es necesario mencionar que tras la revolución de 1897, las bases que habían sido aceptadas por Aparicio Saravia y Diego Lamas y enviadas al presidente Idiarte Borda expresaban que “el país confiará la solución de sus grandes problemas políticos y financieros al gobierno que se constituya y el Partido Nacional espera que se atenderá entonces, ante todo, a la reforma de la ley electoral vigente, a fin de que todos los orientales, sin distinción de colores políticos, estén garantidos en el derecho al sufragio que el derecho político primordial y cuyo uso legítimo aseguraría para siempre la paz interior del país” (Carlos Manini Ríos, 1904. *El juicio de los mauser*).

En esa línea era fundamental para nuestro proceso institucional realizar una modificación a la Constitución de 1830 para establecer efectivamente el sufragio universal. Cosa que no se hizo hasta después de las elecciones legislativas de 1916. Frente a esa situación en que la concordia nacional parecía imposible se desataron los enfrentamientos entre el Ejército Nacional y las fuerzas revolucionarias que concluyeron tras la muerte de Aparicio Saravia el 10 de setiembre de 1904.

En aquel momento dramático para Uruguay, llegó la paz, una paz definitiva que extinguió las administraciones departamentales nacionalistas y desvaneció su fuerza militar. Terminó un ciclo que se había iniciado desde nuestra independencia y en el que las diferentes posturas políticas entre los caudillos se resolvían en un campo de batalla.

De aquellas conversaciones de paz en Aceguá participó un joven Pedro Manini Ríos que era de la confianza y del círculo político de Batlle y Ordóñez y redactor en funciones de director del diario *El Día*. Además, había estado en la guerra como capitán secretario de Pablo Galarza y en este cargo mantuvo contactos directos con Basilio Muñoz, y también con Juan José Muñoz, Bernardo Berro y Luis Alberto de Herrera, quienes habían sido designados para formar parte de la comisión para redactar las bases de la paz. En un telegrama enviado a Batlle por Basilio Muñoz, desde Bagé el 25 de setiembre de 1904 expresaba: “En corroboración a mi comunicación que supongo haya transmitido ayer a V. E. el señor Manini, puede quitar o modificar lo que juzgue conveniente a las bases ampliatorias propuestas por los jefes revolucionarios en la seguridad de que todo ello será aceptado por el que suscribe. La paz es obra grande y patriótica y la haremos” (Ibidem).

En definitiva, los hechos de 1904 nos llevan reflexionar en este año electoral acerca del valor que tienen las instituciones republicanas y la importancia que tiene vivir en una democracia plena. Sin olvidar el costo que nuestros ancestros tuvieron que pagar para que hoy nuestro país sea un ejemplo en ese sentido. Recordemos que Uruguay es la “democracia más plena” de América Latina y la 14ª del mundo.

La última guerra civil de 1904 y la Paz de Aceguá



Archivo General de la Nación. Foto: Serrana Pin

DANIEL TORENA

A comienzos del siglo XIX, el Uruguay vivía una lucha política e institucional entre los dos grandes partidos tradicionales o históricos fundacionales: el Partido Colorado, liderado por el presidente de la República, José Batlle y Ordoñez, y el Partido Nacional, liderado por el gran caudillo general Aparicio Saravia.

Los nacionalistas reivindicaban la justicia electoral independiente, el voto universal secreto masculino, la autonomía de los gobiernos departamentales y la representación proporcional en la cámaras legislativas, entre sus principales luchas políticas e institucionales. El presidente Batlle estaba en contra de los principios acordados en el Pacto de la Cruz de 1897, y el acuerdo transitorio de 1903, Pacto de Nico Pérez, fue una mera espera para potenciar el Ejército tanto como fuera posible para imponer su voluntad y terminar con las seis jefaturas políticas nacionalistas o blancas departamentales, acordadas por el Pacto de la Cruz, y tener el control territorial total. Batlle consideraba que ese pacto violaba la potestades del Poder Ejecutivo.

Esas fueron las causas reales de un enfrentamiento inevitable, que tendría lugar tarde o temprano en los campos de batalla por haber dos visiones diferentes político-institucionales de la República a nivel nacional y departamental.

La guerra se inició el 5 de enero de 1904, con el mensaje de Batlle a la Asamblea General comunicando el estado de guerra en el país por el alzamiento del general Saravia y el ejército nacionalista dada la presencia de regimientos del Ejército enviados por Batlle a Rivera, lo que violaba el espíritu del Pacto de Nico Pérez por ser una jefatura política del Partido Nacional en ese momento. La guerra se extendió hasta setiembre de 1904. Se movilizaron grandes fuerzas de combatientes por ambos bandos.

El gobierno movilizó un total de 30.000 hombres bien equipados, con artillería de origen francés y alemán, con fusiles de origen belga y franceses, modernos, y ametralladoras

francesas. Los revolucionarios nacionalistas armaron un ejército menor en número, de unos 18.000, del interior de la República en su inmensa mayoría, con menos armamento, pero con una gran cantidad de caballos y un gran espíritu de lucha por un ideal superior que le daba el comando del general Saravia, una figura y un liderazgo romántico y mítico, inspirador de sus combatientes, transmitiendo coraje y protección al mismo tiempo en los duras y sangrientas batallas y combates, como Mansavillagra, Fray Marcos, Paso del Parque y Tupambaé.

Finalmente, el 1º de setiembre de 1904 se produjo la Batalla de Masoller. Al otro día, Saravia fue herido de gravedad al comandar las operaciones recorriendo las líneas de ataque que les eran muy favorables a los nacionalistas. Su caída en combate afectó las operaciones de los suyos y fue llevado por médicos a una estancia cercana en Brasil para su mejor asistencia. Las graves heridas provocaron la muerte de Saravia en 10 de setiembre de 1904. La revolución llegaba a su final. La moral de los blancos para seguir luchando sin su caudillo indiscutido fue un factor determinante para dejar de combatir y buscar un acuerdo de paz con el gobierno de Batlle.

El 24 de setiembre se aceptó por los nacionalistas en Aceguá la propuesta de paz del presidente Batlle, reconocido después por el Directorio del Partido Nacional, el 5 de octubre, desde su sede de guerra en Buenos Aires, donde funcionaba.

El 15 de octubre fueron comunicadas a la Asamblea General las bases de la Paz de Aceguá, estableciendo los siguientes principios:

1. Amnistía general.
2. Legalidad electoral dependiendo de acuerdos de las deliberaciones de las comisiones directivas de los partidos.
3. Levantamiento de las interdicciones.
4. Acatamiento a la autoridad legal de las fuerzas levantadas en armas.
5. Entrega real y efectiva por esas fuerzas de todas sus armas y parques al señor coronel Galarza.

6. Incorporación al Ejército de todos los jefes y oficiales amnistiados.

7. Una comisión mixta nombrada de acuerdo por el gobierno y los insurrectos distribuiría la suma de cien mil pesos entre los jefes, oficiales y soldados de las fuerzas rebeldes.

8. El gobierno incluiría entre los asuntos de las sesiones extraordinarias la reforma de la Constitución, quedando el Poder Legislativo en completa libertad para decretar o no, y a sancionar en primer caso las reformas que juzgara más convenientes.

9. No serían perseguidos como autores de delitos comunes que han cobrado impuestos por cuenta de la insurrección.

Los principios establecidos por la Paz de Aceguá se integraron a la Constitución de 1918, como ser la justicia electoral independiente, el voto universal secreto masculino, la autonomía de los gobiernos departamentales y su elección directa por el cuerpo electoral de cada departamento de la República, así como la representación proporcional en las cámaras del Poder Legislativo.

Historias del honor militar, la piedad cristiana y la amistad de Herrera y Manini

En el comienzo de la revolución saravista de 1904, en la Escuela Militar se dio un hecho muy trascendente y único en su historia. Su director, el coronel Gregorio Lamas, oficial de carrera de gran prestigio profesional que había hecho sus estudios superiores de Estado Mayor en Francia, era nacionalista, primo hermano del fallecido en un accidente al caerse del caballo, el ilustre coronel Diego Lamas, un héroe del Partido Nacional de la Revolución de 1897 y oficial de prestigio que hizo su carrera profesional por razones políticas en el Ejército argentino, con autorización especial de licencia que le permitió comandar exitosamente la Batalla de Tres Árboles y una columna del Ejército del general Saravia.

El coronel Gregorio Lamas, fiel a su tradición y principios, formó a toda la Escuela Militar en la Plaza de Armas y expresó lo siguiente:

“Caballeros, los que me quieran seguir, a mis oficiales y cadetes, me siguen y los que quieran quedarse lo pueden hacer, todos de acuerdo con sus convicciones”. A continuación se retiró de la Escuela Militar saludando a todos sus camaradas por igual y comunicó lo resuelto al mando superior, por una cuestión de honor. Acompañado de un grupo de oficiales y cadetes nacionalistas se incorporó al ejército nacionalista, donde sería el jefe del Estado Mayor del general Aparicio Saravia. El resto de los oficiales y cadetes se quedaron en la Escuela Militar, incorporándose al Ejército gubernamental. Fue un hecho histórico e inédito en la historia militar de la nación.

La piedad cristiana durante la Guerra Civil de 1904

Durante el desarrollo de la Guerra de 1904, el arzobispo de Montevideo de la época, monseñor Mariano Soler, se preocupó mucho por la asistencia sanitaria a los heridos de ambos bandos con un sentido cristiano, teniendo en cuenta que ambos ejércitos enfrentados tenían capellanes castrenses, por ejemplo Saravia era católico practicante y toda su familia, siempre tuvo un capellán en su Estado Mayor y la mayoría de los jefes, oficiales y tropas de ambos bandos eran católicos. Por esa razón, con la ayuda de distinguidas damas de la sociedad montevideana, se creó la Asociación de Damas Católicas de Asistencia o de enfermeras, o Cruz Roja de damas católicas, que recorrieron la campaña oriental asistiendo durante toda la guerra a los heridos de ambos bandos en los campos de batalla, habiendo cumplido un rol extraordinario de asistencia sanitaria y espiritual sin precedentes, en forma ejemplar hasta el final de la guerra en setiembre de 1904.

La relación política entre Herrera y Manini

Los doctores Luis Alberto de Herrera y Pedro Manini Ríos se conocieron muy jóvenes en las negociaciones políticas de la Paz de Aceguá, donde comenzaron una larga y profunda amistad, de respeto y admiración del sentido patriótico del uno por el otro, defensores ambos de las más nobles tradiciones republicanas y de los principios de los partidos históricos tradicionales o fundacionales, Nacional y Colorado. Fue una amistad que se extendió y profundizó con el tiempo, basada en el respeto y en la labor patriótica de servir a la nación con honor. Ambos líderes compartieron hechos trascendentes de la historia política del Uruguay en las décadas siguientes de los años 20, 30, 40 hasta 50, ocupando cargos de gobiernos muy importantes, tanto a nivel del Poder Ejecutivo, como a nivel diplomático o como senadores de la República.

Al fallecer el 4 de julio de 1958 el doctor Pedro Manini Ríos a los 79 años de edad —había nacido el 21 de setiembre de 1879, en Montevideo—, el doctor Luis Alberto de Herrera, miembro o consejero del Consejo Nacional de Gobierno, de acuerdo con la Constitución de 1952, expresó un muy sentido homenaje de despedida con un gran reconocimiento a la labor patriótica del Dr. Pedro Manini Ríos, en un discurso del 9 de julio de 1958, de donde recordamos lo siguiente:

“Llega hoy hasta la tumba de Pedro Manini Ríos el homenaje de este Poder del Estado, impuesto por la voluntad nacional. Fue un hijo eminente de la República. Nos golpea hoy su deplorable ausencia, cuando todavía estaba destinado a prestarle grandes servicios. En la hora del consejo y de la decisión, su voz de prócer marcaba rumbos. Gran pérdida para el patriotismo. Con pena y emoción de amigo, me inclino ante su alta memoria”.

Coraje y nobleza en la guerra, trabajo conjunto en la paz

ÓSCAR PADRÓN FAVRE

"Aquel vecindario improvisado, desde las primeras horas del alba estaba en movimiento, y disfrutaba, al parecer, de la mejor salud y el buen humor más feliz. Lo notable en aquel enjambre de hombres procedentes de muy distintas y lejanas zonas geográficas era la buena armonía reinante. Esto no obstante la consideración grave de que cada uno lucía al cuello, por lo común, la divisa de su color político: las golillas coloradas fraternizaban armoniosamente con las blancas y celestes, en una camaradería llena de cordialidad". Así describió el periodista José V. Díaz al elevado número de conductores de carretas que, en plena zafra de la lana, estaban reunidos por 1903 en Nico Pérez, importante centro comercial. Sorprendido por ese ambiente, agregaba el cronista. "Y lo notable en aquel abigarrado conjunto de hombres de guerra, adversarios decididos meses atrás, era el compañerismo lleno de tolerancia que mantenían, pues no existía memoria de ocurrir riñas, peleas o incidentes por motivos políticos...". Estaban todos "reunidos en torno de los fogones, mientras el mate amargo circulaba y los churrascos se asaban sobre las brasas".

Esos hombres seis años antes, en 1897, defendiendo una u otra divisa se habían enfrentado muchas veces, derrochando coraje. En el período comprendido entre 1897 a 1903 ese espíritu de confraternidad no se manifestó únicamente alrededor de los fogones y los atractivos asados. También se daba, por ejemplo, frente a los altares, ya que eran frecuentes las uniones matrimoniales entre cónyuges de diferente preferencia partidaria, manteniéndose unidos respetando cada uno la opción del otro, así como la que después eligieran sus hijos.

Desde antiguo existía en la sociedad oriental una espontánea actitud republicana y democrática que atenúa sin evitarlos totalmente los fanatismos partidistas.

Cuando se estudia lo ocurrido en la totalidad del país durante aquel sexenio de entreguerras se descubre que proliferaron iniciativas de progreso a impulso de grupos de hombres que tenían una clara definición partidaria contrapuesta —muchos con actuación guerrera—, pero que los unía un común espíritu de progreso y ansias de bienestar para sus respectivas comunidades. Así nacieron expoferias ganaderas e industriales; comisiones de vecinos para construir puentes, calzadas, arreglar caminos o combatir plagas y enfermedades del ganado; se fundó, por citar un caso relevante, la ejemplar Liga del Trabajo de Molles; también se multiplicaron diversas obras de iniciativa popular en las poblaciones, como la creación de centros para atender la



Cuando se llegó a la Paz de Aceguá, en 1904, volvimos a tener ejemplos de esa hidalguía y espíritu de concordia de los orientales. Foto: Serrana Pin

salud, instituciones de estudio, erección de monumentos, templos, teatros; la formación de comisiones de hombres y mujeres para ayudar a los desvalidos. Y podría continuarse la lista de ejemplos.

Sin embargo, buena parte de la historia, la literatura o la crónica periodística —de aquel tiempo y hasta nuestros días— no tuvo demasiado interés en destacar esos ejemplos de encuentros fecundos. Se puso mucho más el acento en las divisiones, en los episodios de enfrentamientos feroces y los excesos, sosteniendo que la "barbarie" reinaba, que los hombres y mujeres eran prisioneros de odios insuperables que transmitían a sus hijos. Sin duda eran relatos eficaces para atraer lectores, promover fanatismos o pescar en aguas revueltas, pero no hacían justicia con lo que realmente era aquella sociedad, especialmente la rural.

Se omitían, o no se los destacaba como merecían, los innumerables episodios de hidalguía y clemencia que durante el transcurso de las guerras jefes y soldados de uno y otro bando demostraron con sus adversarios. Menos aún eran recordadas las fecundas acciones conjuntas, ya reseñadas, que esos mismos hombres —vecinos de distintos pagos— impulsaban antes como después de los meses que duraba la guerra.

Cuando la investigación y la escritura concentran la luz de manera selectiva sobre cierto tipo de sucesos, quedan cubiertos por densa sombra todos aquellos que contradicen a los primeros.

Identificar a ese tiempo —y por extensión a casi todo el siglo XIX, de tantas luchas— como los años del odio es

registrar parte de la verdad, pero no toda ella. Es insistir que solo reinaba la "barbarie" cuando, al mismo tiempo, se daban múltiples ejemplos de trabajar por la "civilización". Fue Sarmiento quien publicitó —desde su *Facundo* de 1845— esas categorías, condenando a las sociedades rurales como encarnación de la primera y reservando para las urbanas la representación de la segunda. No fue original en plantear esa falaz dicotomía, dado que su génesis puede rastrearse ya en las páginas periodísticas de combate político que surgieron en la españolista Montevideo y en la revolucionaria Buenos Aires desde 1811 en adelante. Las elites de esos centros urbanos pronto coincidieron en señalar a José Artigas como el "caudillo de los gauchos" —ambos términos muy estigmatizantes por entonces—, quien con su protagonismo, según ellas, imponía el terror y el atraso al atreverse a rebelarse contra los dictados que emanaban de las ciudades, depositarias tradicionales del poder español.

De ahí en más todos los líderes militares y políticos de origen campesino —y las masas que los acompañaban— serían señalados como "bárbaros". Esto sucedió de manera constante durante todo el ciclo histórico que comenzó en Asencio, en 1811, y se clausuró entre Masoller y Aceguá, en 1904.

Esa potente fórmula ideológica del choque de la *civilización* contra la *barbarie* tuvo amplia repercusión en el continente, tomada con especial devoción por buena parte de las elites dirigentes de las capitales-puerto rioplatenses. Todavía hoy los efectos nocivos de esa ideología no se han disipado totalmente de nuestro escenario social, político y cultural. Cíclicamente algún acontecimiento parece

reavivarla y exponerla públicamente, mientras que en otros actúa de manera subrepticia.

Cuando se llegó a la Paz de Aceguá, en 1904, volvimos a tener ejemplos de esa hidalguía y espíritu de concordia de los orientales. De acuerdo con el *Diario de Campaña* que escribió el entonces oficial Alfredo R. Campos la certeza de que se quería la paz la dio el valiente jefe revolucionario Basilio Muñoz Romero —jefe principal después de la muerte de Aparicio— cuando apareció, de sorpresa, el 24 de setiembre, en el campamento del Cnel. Galarza, a orillas del arroyo Lechiguana de Aceguá: "La conferencia de Basilio Muñoz con Galarza fue cordialísima; cuando se enfrentaron se abrazaron; eran viejos amigos de Durazno. La visita fue inopinada, sugerida por Manini, que logró decidir al Sr. Muñoz a efectuarla sin previo aviso y protocolo".

"La paz es obra grande y patriótica y la haremos", había dicho Muñoz. Así ocurrió. Fue recibido en el campamento gubernista con claras señales de respeto, de aprecio —y hasta admiración por su coraje— así como con elocuentes demostraciones de que todos deseaban la paz. A pesar de que "no faltan quienes exacerban las pasiones; es su oficio", anotó Campos.

Varias décadas atrás, de antiguos vecinos recogimos la información que hasta bien entrado el siglo XX cada vez que Basilio Muñoz llegaba a la ciudad de Durazno su primer destino era visitar a Pablo Galarza. "Se estimaban mucho y siempre que se encontraban pasaban largo rato conversando", nos dijeron.

Habían sido protagonistas de la Paz de Aceguá.

El país que ansiaba la paz para crecer

FELIPE CAORSI

Milton Friedman decía que la libertad era una sola, económica y política. Pronosticaba la caída de los regímenes totalitarios de Chile y de China. En el caso de Chile, Friedman fue testigo de que la libertad económica trajo la libertad política en 1990. De la misma forma, un país no puede ser próspero si sus instituciones no son sólidas, y eso pasaba en el Uruguay de 1904.

Luego del Pacto de la Cruz, en septiembre de 1897, en Uruguay se había establecido una realidad política de "doble gobierno" de ambos partidos fundacionales, Blanco y Colorado. De esta forma, 13 departamentos acataban las órdenes del presidente de la República, mientras que los restantes seis —Cerro Largo, Flores, Maldonado, Rivera, San José y Treinta y Tres— respondían al caudillo blanco Aparicio Saravia. Uruguay venía de muchos años de guerra civil, la novela *La tierra purpúrea*, de Guillermo Hudson, hace referencia a los brutales enfrentamientos entre blancos y colorados. El título hace alusión al color de la sangre en la tierra.

En 1903, la Asamblea General eligió a José Batlle y Ordóñez como presidente de la República. Batlle decidió terminar con la situación del país dividido en dos gobiernos. Al momento de distribuir las jefaturas políticas, Batlle otorgó dos de las que les correspondían a los blancos al sector de Acevedo Díaz (que lo había apoyado en la Asamblea General para llegar a

la Presidencia). La mayoría del Partido Nacional lo tomó como una violación del Pacto de la Cruz. Esto trajo un primer levantamiento en 1903 por parte de Aparicio Saravia y el 4 de enero de 1904 se proclamó la revolución contra el gobierno central. Fueron nueve meses que terminaron con la muerte del caudillo blanco. A partir de ese momento el país dejó de estar cogobernado y encaró el fortalecimiento de sus instituciones. Nació el batllismo, una corriente política colorada, liberal en varios aspectos, no en lo económico.

Llegamos a 1904 con un país que ya no crecía al mismo ritmo que Europa y que venía de tener dos gobiernos simultáneos

Entre 1852 y 1875 se daba una expansión económica en nuestro país, el PBI crecía ininterrumpidamente colocando el PBI per cápita del Uruguay por encima del de la Argentina y similar al de los países más ricos de Euro-

pa. A partir de 1875 se empezaron a aplicar políticas dirigistas o mercantilistas. Estas medidas eran proteccionistas, especialmente en cuanto al comercio exterior. Se creía que cerrándose a la importación de productos industrializados, especialmente del Reino Unido, florecería una industria local. Un error que Uruguay y toda América Latina repetirían en el futuro, por ejemplo, con el plan de sustitución de importaciones de la Cepal.

Llegamos a 1904 con un país que ya no crecía al mismo ritmo que Europa y que venía de tener dos gobiernos simultáneos. Las guerras civiles habían generado un desajuste fiscal que afortunadamente no impactaría de forma importante en el crecimiento del PBI. El motor de la economía era la exportación de productos agropecuarios.

Batlle dedicó sus dos presidencias (1903-1907 y 1911-1915) a crear instituciones nacionales y a nacionalizar empresas extranjeras, creando monopolios estatales. Se compró el ferrocarril a los ingleses, se nacionalizan bancos y empresas que brindaron servicios básicos a la población, como la UTE. De esta forma se creía que el Estado se quedaría con las ganancias que antes eran de accionistas. No se tuvo en cuenta que el Estado no es tan eficiente a la hora de administrar una empresa y que al no existir competencia los servicios se vuelven caros y malos.

Se creó un pequeño país modelo, basado en el Estado de bienestar fi-

nanciado por la exportación de productos agropecuarios, especialmente lana y carne congelada. El batllismo aumentaba los impuestos a la tierra, buscando redistribuir, y con esos impuestos financiaba el Estado. El crecimiento del PBI per cápita era de un 3% anual hasta 1913.

En 1911 se estatizó el Banco de la República Oriental del Uruguay (BROU) y en 1913 el Banco Hipotecario. En ese año el BROU experimentó su primera crisis, lo que llevó al país a tener una crisis financiera que luego contagiaría todas las áreas de la economía. Todo comenzó con la negativa del Banco Glynns Mills & Co. de renovar un préstamo al BROU debido al entender que este no era tan sólido una vez nacionalizado. Finalmente, ese préstamo se renovó hipotecando parte del oro de las reservas de Uruguay, que se depositaron en el Banco de Londres. De esta forma, el encaje que poseía el banco no llegaba al 40% de la moneda emitida, y el BROU en esos años era el emisor de la moneda local. Al conocerse esto se produjo una corrida bancaria, lo que hizo que el banco presionara a sus deudores y no diera más préstamos a productores. Los depósitos del BROU cayeron a menos de la mitad, la tasa de interés subió y entraríamos en una recesión, con contracción del PBI, de la que solo saldríamos gracias al aumento de las exportaciones de alimentos en conflictos bélicos venideros.

Cuando se peleaba de frente

CÉSAR EDUARDO FONTANA

Hace ciento veinte años terminaba la última de las guerras civiles de las muchas que padeció nuestro país a lo largo de su existencia, o al menos la última de las guerras al estilo clásico, cuando se peleaba frente a frente, con tropa a ambos lados.

Hubo muertos, sí, los hubo; también hubo duros enfrentamientos, como en Tupambaé y, por qué no decirlo, hubo degollados. Los soldados solían dormir por las noches aferrados a las riendas de su cabalgadura porque quedarse a pie significaba muy posiblemente un degüello, como narró el Dr. Roberto Eirale, médico del ejército gubernista en un opúsculo años después. Pero era la época. Si bien ya habían culminado los días del Uruguay pastoril y caudillesco allá por 1875, con el gobierno del Cnel. Lorenzo Latorre, como muy bien relata José Pedro Barrán en una obra que vale la pena leer, aún subsistían personajes que se negaban a desaparecer de la historia y de su tiempo. Uno de ellos fue Aparicio Saravia quien precisamente chocó con el presidente José Batlle y Ordóñez, empeñado en hacer valer su poder constitucional en todo el país, que estaba dividido en dos partes.

Resulta inútil tratar de desentrañar quién fue el responsable o al menos quién tuvo más responsabilidades en

el enfrentamiento, desencadenado por un suceso ajeno a lo que acontecía en nuestro país, un pequeño tiroteo entre brasileños y uruguayos en la divisoria de Rivera-Livramento, en el que probablemente la caña de frontera haya sido importante protagonista. Infelizmente, era tal la tirantez política que se vivía en aquel entonces, que como ha dicho bien el Dr. Carlos Manini Ríos en su excelente trabajo *1904, el juicio de los Mauser*, que no hubiera estallado la guerra civil hubiese sido un milagro. El mismo autor relata pormenorizadamente todos los intentos que se efectuaron para evitar el inicio de las hostilidades, pero la desconfianza mutua y los malos entendidos pudieron más. La suerte estaba echada.

Se sabe cómo se desarrolló el conflicto bélico y también cómo terminó en los hechos, cuando en Masoller, a escasos metros de la frontera con Brasil, Aparicio Saravia fue herido de muerte por un proyectil y falleció pocos días después en una estancia del país norteño y dejando a sus huestes casi sin dirección, por lo que arribar a la paz se hacía inevitable. Ello aconteció en la fronteriza localidad de Aceguá, teniendo participación el Dr. Luis Alberto de Herrera, futuro jefe civil del Partido Nacional, y el Dr. Pedro Manini Ríos, muy allegado a Batlle y Ordóñez por aquel entonces para convertirse años más tarde en duro opositor de él dentro del mismo Partido Colorado.

Finalizaba una era.

PAZ - 1904

En el libro Catálogo especializado de los sellos de la República Oriental del Uruguay. (Ciardi editor, Montevideo, 2006) se encuentra documentado que en 1904 se imprimió la leyenda "Paz - 1904" en los sellos. En la época se llamaba "sobrecarga" a esa impresión, por ejemplo, para cambiar el valor del sello.

En el libro dice que el sello con la sobrecarga se vendió solo dos días. El 15 y el 16 de octubre de 1904 y en el Correo Uruguayo se encuentran algunas planchas de esa época con el sobreimpreso. Después no hay registros de que el Correo haya lanzado algún sello sobre el fin de la guerra civil de 1904.



Gentileza: Comunicación Corporativa y el Departamento de Valores, ambas de Correo Uruguayo.